

II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 1995.

Ocupación Etnoandina del Espacio en Valles Dulces y Valles Salados del Extremo Norte de Chile.

Luis Álvarez Miranda.

Cita:

Luis Álvarez Miranda. (1995). *Ocupación Etnoandina del Espacio en Valles Dulces y Valles Salados del Extremo Norte de Chile. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ii.congreso.chileno.de.antropologia/72>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e7nO/s6e>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los asentamientos observados tienen características de haber sido verdaderas "colonias" conformadas por migrantes que ocuparon estos valles con las peculiaridades ecológicas especiales de suelo y agua dulce, en una época que media alrededor del año 700 d.C.

Los hallazgos culturales corresponden a cerámica correspondiente a la fase expansiva del Tiawanaku y a su momento posterior.

De unos 20 yacimientos agro-alfareros de Azapa, no más de tres son de filiación cultural Inca, siendo la mayor parte de ellos, Tiawanaku, Pos-Tiawanaku y de Desarrollo Local.

El valle de Chaca, de escasos recursos de agua y por ende de cultivos, posee pocos yacimientos prehispanos, indicando sus asentamientos una menor presencia Inca.

En cuanto a los sistemas de los ríos Lluta y Camarones, ambos de aguas salobres, tienen sus nacientes en el altiplano, sobre los 4.500 m.s.n.m.; en un sector de precipitaciones estivales, aunque leves, suficientes para alimentar un pequeño cauce que durante todo el año, en ambos valles, mantienen su recorrido hasta el mar.

Se estima que esta particularidad, a la que se suma una temperatura media anual de 18 grados y una humedad ambiental constante en el sector del valle bajo-costero, que permiten la posibilidad cierta de efectuar dos cultivos anuales y sembrar en cualquier época del año, potenció a sus ocupantes prehispanos, resolver con éxito la necesidad de una planificación de grandes cultivos extensivos e intensivos del cereal, tanto para un consumo inmediato, como para un consumo posterior. En este caso, estos valles de aguas salobres fueron los proveedores del fruto de los maizales para el Inca, para el Kuraka, para redistribuir entre la población, para el aparato militar y para el uso ritualístico de sus ceremonias al Dios Sol.

La postulación de un comportamiento etnográfico de poblaciones pretéritas para ocupar y usar selectivamente el espacio de valles con diferencias ecológicas, se apoya en el análisis de registros arqueológicos pertenecientes al inventario del Museo Arqueológico de San Miguel de Azapa de la Universidad de Tarapacá, en cuanto a la identificación cultural de piezas colectadas en yacimientos de los citados valles, así como de testimonios antropológicos in situ, de poblados, pukaras, cementerios, de arte rupestre, campos de cultivos, etc.

Al mismo tiempo se analizaron las fuentes bibliográficas etnohistóricas del período colonial temprano sobre la región como la "Visita de chucuito" de Garci Diez de San Miguel que habla de gentes y tierras que la provincia de Chucuito y sus señores principales, poseían en el tiempo del Inca en la región costera, citando al valle de Lluta como uno de ellos. Además, el importante documento "Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una Encomienda Peruana inicial" de Efraín Tréllez, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1982, que informa sobre los yanacunas y sementeras que este encomendero, poseía en 1541, en Guaylacán, Valle de Lluta.

La presencia Inca en este valle salado se manifiesta a lo largo de todo él, desde el sitio "Guaylacán" a unos 6 Km del mar, hasta "Millune" unos 60 Kms. valle adentro; entre estos dos, de mar a cordillera, se ubican más de quince yacimientos de filiación cultural Inca, destacándose por su magnitud y peculiares características de su asentamiento y rol que debieron cumplir en cuanto al manejo del espacio, "Guaylacán" y "Molle Pampa".

"Guaylacán" destaca por concentrar la más grande cantidad de depósitos (colcas) subterráneas para almacenar maíz que se conozca en la región sur peruana y norte de Chile. Sobre 700 depósitos nos hablan del uso que los Incas, a través de la mano de obra controlada de Yanas, mitmas y fuerza de trabajo local, le dieron al suelo del valle de Lluta, salobre y de la justificación del almacenamiento de bienes alimentarios.

"Molle Pampa", asentamiento de población en el curso medio del valle, posee abundante basura cultural en los frentes de lo que fueron sus viviendas, rancherías; abundan los fragmentos de cerámica imperial cuzqueña e inca regional.

De este sitio proviene la más importante colección de "Quipus", sistema de cuentas Inca, que en el mundo exista; de un contexto de cuatro unidades, el más grande mide 3 metros. de largo y tiene 3.000 hilos de cuentas. Estas interesantes piezas están descritas por M. y R. Ascher en "Code of the Quipu", University of Michigan press, 1981.

"Molle Pampa" y "Guaylacán", confirman tal vez la connotación cultural Inca que éstos le otorgaron a un valle con características de suelo y agua saladas.

Camarones, el otro valle salado que limita por el sur la Provincia de Arica registra presencia Inca desde la orilla del mar espacio cuyos restos culturales demuestran que grupos especializados Inca interactuaron con sociedades costeras en la explotación de recursos del mar y de la agricultura, hasta muy adentro en la cordillera, nacientes del río, con asentamientos de explotación de maíz y manejo de camélidos.

¿Uso selectivo del suelo?, ¿Percepción etnogeográfica de nuestros antepasados agricultores andinos prehispanos?

Sólo conocemos de sus éxitos en este espacio árido y hostil, de valles dulces y de valles salados.

PASTOREO EN HUMEDALES DE TIERRAS ALTAS EN LOS ANDES DEL NORTE DE CHILE: PERSISTENCIA Y CAMBIOS^[316]

Milka Castro Lucic^[317]

Miguel Bahamondes Parrao^[318]

Entender el uso y manejo del agua en los Andes es avanzar profundamente en la comprensión de la cultura andina: en los orígenes del poblamiento el hombre, apoyado en la adaptación física y cultural, asciende y avanza por las montañas, hasta que alcanza por fin las más altas y veneradas cumbres volcánicas donde se encontraban los afloramientos de agua -fuente de vida que destaca aún más en la hostilidad del ambiente-, que llegaron a constituirse en lugares dotados hasta hoy de una impresionante sacralidad. En estos alejados parajes pone el sello de su dominio estableciendo sus asentamientos.

El conocimiento acumulado por la observación de los hábitos de los animales, se puso a disposición de la caza y luego al manejo de llamas y alpacas; técnicas que, por cierto, se sustentaban en un rico conocimiento del ciclo natural de los pastizales. Pastos que se presentaban a la vista del hombre andino verdeando las laderas de los cerros después de las lluvias estivales, o cubriendo durante todo el año extensas planicies, fondos de quebrada y bordes de salares. En éstos, los escurrimientos permanentes de agua que daban vida a los humedales comenzaron a ser intervenidos por la acción del hombre. Con simples instrumentos se comenzó a surcar la compacta vegetación desde los cursos principales de agua hacia los bordes de los humedales en diferentes direcciones, se perfecciona de este modo la acción de la naturaleza asegurando el agua a cada uno de los sectores del humedal; también se experimentó con éxito la ampliación de la superficie de aquellos, llevando el agua más allá del humedal, por arenosos bordes que debían ser irrigados al menos por dos años para lograr establecer la nueva pradera. La aplicación de estas técnicas de irrigación, y otras que también continúan siendo utilizadas, debía efectuarse cada año cuando la llegada de la primavera iniciaba el derretimiento del hielo que durante el crudo invierno había cubierto los humedales.

En zonas más bajas, donde el clima permitía la producción agrícola, las técnicas de irrigación alcanzaron sorprendentes niveles de eficiencia y complejidad. Se produce la transformación de un paisaje que sólo parecía ofrecer limitantes a la vida humana. Donde las cadenas montañosas lucían amenazantes la agresividad de sus laderas de pendientes rocosas y donde los cursos de agua se deslizaban por estrechas y profundas quebradas, se construyen sofisticados sistemas de riego que son el complemento indispensable para coronar la labor de aterrazamiento de los suelos destinados a la obtención de productos agrícola.

Podría parecer asunto del pasado señalar que la imposición de la cultura occidental desde hace ya algo más de 500 años trastrocó el sistema, como copiosamente la historia andina lo ha demostrado, si no fuera porque la vigencia de aquellas fuerzas desarticuladora, dotadas de un renovado vigor,

[316] Trabajo presentado al Segundo Congreso Chileno de Antropología, Valdivia 6-10 Noviembre 1995. Este trabajo ha sido realizado en el marco de las actividades del Proyecto (Nº 1950345) *Vegas, Humedales y Pastoreo en los Andes del Norte de Chile*, financiado por FONDECYT.

[317] Departamento de Antropología. Universidad de Chile.

[318] Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA). Universidad Academia de Humanismo Cristiano.